

... independencia de la tipografía, y por solo de
 ignorancia, se han notado ciertas modificaciones
 oiones que á veces escapan el sentido y me
 ponen en contradicción conmigo propio, á ve-
 ces me hacen reír, y defender opiniones
 diferentes de las que había expresado. Ahora
 bien: así como yo ciertamente no soy de los
 que en materias donde la Iglesia concede li-
 bertad de opinión quieren constatar á los de-
 beres de la misma, quisiera también que aquella
 libertad que otorga á los demás me diese to-
 lerancia, lo cual me parece tanto más razonable,
 cuanto he debido tanto envidiado para no se-
 guir de aquellas opiniones más comunes
 y más respetadas. He aquí la razón por la cual
 en esta edición he corrigido á veces
 aquellos pasajes como están en las anteriores
 res, más ó menos, juntamente con esta, re-
 novos por mí.

Además, con el fin de que mi libro sea
 por lo menos mejor á las necesidades de los
 tiempos, he querido oportuno añadir algunas
 nuevas objeciones, con sus respuestas corres-
 pondientes, resolviendo en un punto ya tratado,
 y volver á él en otros expresiones de los
 trosos. Volviera que en estas cosas se han
 hecho, como también el libro, presentada-
 mente por la edición del tiempo, corrigiendo
 lo que era necesario, á las primeras ediciones que
 se han publicado, y también algunas
 mentes á otro fin, que se ve en algunas
 tomas de esta edición, por ser sin duda la
 más imperfecta.

UNIVERSITY OF TORONTO
 LIBRARY

RESPUESTAS POPULARES

OBJECIONES MAS COMUNES

CONTRA LA RELIGION.

CAPÍTULO PRIMERO.

Providencia de Dios.

I. Cómo puede ser Dios pródigo cuando vemos que unos son ricos y otros pobres.—II. Los buenos están oprimidos, y los impíos prosperan.

La Religion cristiana trabaja sobre todo en la gran obra de hacer que los hombres conozcan ménos imperfectamente la Divinidad, porque siendo ésta el fundamento del recto conocer, es asimismo el sosten del vivir y del obrar. Procede, por lo tanto, con mucha franqueza y seguridad. Habiéndose dignado el Hijo de Dios hablarnos y amañarnos con su misma boca, sólo resta prestarle oído para conocer infaliblemente la verdad.

La incredulidad hace precisamente lo contrario. Procura oscurecer en nosotros principalmente el concepto de Dios, ya denigrando su providencia, ya desconociendo su justicia, ya, en fin, falseando el concepto de su bondad. De esta suerte nos roba el objeto de nuestra Religion, que es el mismo Dios: porque no puede ser Dios un Sér que no es pródigo, ni justo, ni infinitamente bueno.

Lo que más se opone, al parecer, á la Providencia divina es la distribución tan desigual que se observa en el mundo de los bienes terrenos. ¿Cómo puede ser Dios pródigo, se dice, si algunos gozan de toda clase de comodidades, mientras los otros ape-

nas pueden ganar el trozo de pan indispensable para su subsistencia? ¿Cómo puede tener cuidado de nosotros si vemos prosperar á tantos malvados continuamente, que cometen sin escrúpulo toda clase de prevaricaciones, y seguir en el lugar más infimo á tantos otros que temen á Dios? Por esto se escandalizan, murmuran y no logran tranquilizarse. Para responder á los primeros, considerad lo siguiente:

I. *Lamentanse de que mientras algunos tienen bienes en abundancia, carecen otros de ellos.*—Al ordenar Dios el mundo, ¿no hubiera podido disponer que todos los hombres carecieran de bienes temporales, y se halláran, por lo tanto, en la situación en que muchos se encuentran? Sin género de duda. Era el Señor de todos, y sin cometer la menor injusticia hubiera podido exigir tal privación, para probarles, para poner en ejercicio su fidelidad, ó como condicion necesaria para conseguir la bienaventuranza. ¿Qué agravio hace, por consecuencia, á los pobres, de los cuales exige lo dicho? Porque no observa la conducta indicada con algunos que son ricos, ¿infiere agravio á los demás con quienes la sigue? Jesucristo desvaneció ya esta dificultad. «Un señor rico, dice en su Evangelio, envió varios trabajadores á su viña, pero en horas diferentes: unos al amanecer, otros al mediodía, y otros casi en la última hora del trabajo. Llegada la noche, quiso dar á los últimos el mismo jornal que á los primeros. Murmuraban éstos, porque, después de soportar el calor y la fatiga de todo el día, se les igualaba con los que habían trabajado mucho ménos; mas el señor les hizo callar, diciendo: «¿Qué agravio os infiere dándoos, como os doy, lo convenido, aunque pague á los demás la misma merced? ¿Acaso porque soy bueno me queréis mal, y ¿me tenéis envidia porque soy benéfico?» Lo mismo puede decirse á los que se lamentan de las riquezas de otros. Dios pudo dejar á todos en la pobreza para probarles ó ejercitarlos en la virtud. ¿Qué daño os hace, pues, porque haya exceptuado algunos?

Por lo demás, ha dispensado un bien comun ha-

ciendo pobres á los unos y ricos á los otros: sin tal variedad, el mundo y la sociedad no podrian ir adelante. En el cuerpo humano el oficio de los ojos y de la cabeza es más noble que el de las manos y de los piés; pero éste no es ménos necesario que aquél, porque todos los miembros contribuyen á la perfección del hombre. Acontece lo propio en la sociedad: los pobres no son ménos necesarios que los ricos, bien que sea diferente el oficio de los unos del de los otros. En la sociedad son indispensables personas que manden, que estudien, que ejecuten las cosas más árduas y difíciles, y que promuevan el bien público. Nada de esto se puede hacer sin el tiempo necesario, y tal vez sin larguísimos estudios, y por consiguiente sin las oportunas comodidades: es indispensable, por consecuencia, que tengan bienes de fortuna para llenar dignamente su cometido. Pero en la sociedad es preciso tambien ejercer los oficios serviles, cultivar la tierra, defender la pátria con las armas, y ejercitar todas las profesiones que sirven para el sustento de cada dia: ¿quién se encargaria de tales tareas, ménos nobles, pero más necesarias que las precedentes? Ninguno ciertamente, á no ser compelido por la necesidad. Grandefué, por consiguiente, la providencia de Dios al disponer que muchos careciesen de medios de subsistencia, de parientes ricos, de nacimiento ilustre, y se hallasen precisados á vivir con su trabajo.

De forma que aquella no falta, por el hecho de que unos sean ricos y otros pobres: más bien faltaria si así no sucediese. Un fabricante de órganos forma los caños de diferente longitud y anchura. Imaginad lo que se debería responder á un hombre rudo que, viendo el trabajo, reprendiese al artífice porque no los habia hecho iguales, infringiendo así las leyes de la simetría. Deberíasele responder que no sabe lo que se dice. Si todos los caños de un órgano tuviesen la misma dimension, sería imposible la armonía. Lo propio puede decirse al que critica la variedad en los estados del mundo. Si ésta desapareciese, desaparecería tambien todo el acuerdo armónico de la sociedad.

Otra respuesta podría darse muy bien á los que se conduelen de la estrechez y de la miseria en que yacen. Padeceis angustias, aflicciones, pobreza, sí; pero ¿por qué las habeis buscado? Dios no tiene obligacion de hacer milagros á cada momento para serviros. Nos ha dado la luz de la razon, como tambien la guía de los superiores, y ha hecho resplandecer la gran antorcha de la fé; pero quiere que hagamos por nuestra parte todo lo posible. ¿Por qué no lo habeis hecho?

Véanse con frecuencia jóvenes que no han concluido la carrera de sus estudios, que son inútiles para sí y para otros, y que no saben lo que deben hacer para vivir honradamente, los cuales blasfeman de la Providencia divina; pero ¿quién tiene la culpa de que se hallen en tan infelicísima condicion? ¿Por qué no han estudiado en oportuno tiempo? ¿Por qué no han querido pensar sino en pasatiempos y diversiones? ¿Por qué no han hecho caso de los padres, ni de los maestros, ni de la conciencia, ni de la voz de la Religion que les reprendia? Culpen á su propio descuido y á su propia perversidad, pues motivo tienen para ello. Así hay mujeres cargadas de hijos y con un marido bestial á su lado, que les da más golpes que bocados de pan, las cuales blasfeman tambien de la Providencia; pero ¿por qué no recuerdan que cuando solteras se les manifestaba que aquel hombre no les convenia? ¿Por qué no hicieron caso de sus padres, y aún de los amigos de la casa que les amonestaban? ¿Por qué se ponian entonces furiosas y gritaban que querian hacer su gusto, y que sabrian soportar al esposo por ellas elegido? No culpen, pues, á la Providencia, sino á sí mismas. Decid lo mismo de tantos dependientes de comercio, de tantos artesanos y de tantos sirvientes que, hallándose en medio de la calle, blasfeman desenfrenadamente, diciendo que les falta la Providencia. Debieran recordar que, en vez de atender al trabajo, á la tienda y al servicio, estaban todo el dia en las hosterías, en el café y en compañía de amigos y amigas; que defraudaban en el peso y en la medida; que eran bo-

tarates y ociosos, por lo cual perdieron poco á poco la reputacion, y adquirido un mal nombre, ninguno se fió de ellos, llegando así á la pobreza. Decid lo propio de algunos, señores en otro tiempo, reducidos hoy á la miseria. ¿Qué culpa tiene la Providencia de que hayan querido mostrar un lujo mayor de lo que permitian sus entradas; de que hayan aparejado exquisitas mesas, y de que hayan satisfecho todos sus caprichos de teatros, de juegos, de viajes, de vicios? Estos y tantos otros que se les parecen, no tienen razon, sin duda, para quejarse de la Providencia, puesto que es suya la culpa de lo que les pasa. Quien considerase, pues, atentamente el estado de la sociedad, veria muy claramente que de cada diez que llegan á la miseria, los nueve no reconocen más origen que el referido. Vea cada uno cuán inícuo es hablar contra Dios.

Estas razones tan claras, son, sin embargo, las ínfimas. Al que sea capaz de levantar su espíritu sobre las cosas terrenas, se ofrece á su consideracion un horizonte mucho más vasto. ¿Cuál es el fin por que Dios nos ha colocado pocos momentos sobre la tierra? ¿Nos ha colocado para gozar? No, ciertamente, sino para que esta vida brevísima fuese para nosotros un estado de prueba, en el cual le mostrase cada uno su fidelidad, á fin de que lograsen la vida eterna los que permanecieran obedientes y fieles, é incurriesen en la pena condigna los que observáran una conducta opuesta. Este concepto celestial, si se comprende bien, es la clave que abre todos los secretos de la Providencia divina sobre la tierra. Con él vése con toda claridad por qué hay grandes y pequeños, ricos y pobres, y todas las demás desigualdades sociales que tanto desagradan y hacen hablar á no pocos hombres ciegos y apasionados. Es necesaria esta variedad, porque Dios quiere que el dia en que penetremos en el reino celestial, no sólo tengamos que dar gracias y enaltecer á Dios como Autor y fuente de tan gran bien, sino que podamos consolarnos además con recibir una merced proporcionada á nuestros merecimientos y á nuestras fatigas. Es necesaria esta variedad, porque el librar-

nos de los males eternos, no sólo ha de ser liberalidad amorosa de Dios, sino también fruto de nuestras obras. Lo es también por ser indispensable el ejercicio de las virtudes, las cuales no pueden hallar campo más hermoso que en el enlace de los estados diferentes. En esta desigualdad prueba Dios á los ricos, prescribiéndoles el desapego interior de los bienes materiales que les rodean, marcándoles como un deber la compasión, la liberalidad y la limosna respecto de los que hánla menester, y prohibiéndoles que todo lo sacrifiquen á sí mismos, á sus propias pasiones y concupiscencias. Al mismo tiempo prueba á los pobres, porque les exige la humildad, la paciencia, la sujeción, la conformidad con la voluntad de Dios, y las demás virtudes propias de su estado. Con dicha desigualdad prueba á los grandes y á los gobernantes, ordenándoles la modestia, la humildad en medio del lujo y de las pompas, y la solicitud por los pobres y por el bien público; prueba también á los hombres del pueblo y á los súbditos, exigiéndoles la sumisión y la tolerancia de las fatigas. De esta suerte se enlazan las virtudes sociales, civiles, morales, religiosas, y todos, con el cumplimiento de los deberes propios de cada estado, y con la constancia en las luchas á que se ven expuestos para permanecer fieles, muestran á Dios que lo aman sobre todas las cosas, que á todo trance quieren someterse á su voluntad y conseguir su propia salvación. Es falso, por consiguiente, que esta variedad de condiciones se opone á la providencia de Dios: ántes por el contrario, constituye el medio de que se vale para demostrar que es maravillosa.

Solamente los que no alcanzan por qué estamos sobre la tierra, pueden lamentarse del orden de cosas referido. Sí. Quien crea que nuestro fin es gozar una temporada sin pensar en el alma y en la otra vida, no podrá comprender la diferencia de los estados. Mas no es maravilla que éste no comprenda tal cosa, porque tampoco comprenderá que es superior á las bestias, las cuales sólo tienen un fin terreno. ¿De quién será la culpa? Nuestra fé nos

dice claramente que *non habemus hic manentem civitatem*; esto es, que no tenemos aquí una patria permanente, sino que vamos tras de otra futura; *sed futuram inquirimus*; y que sólo ésta durará eternamente. ¿Qué culpa tiene la eterna Verdad de que alguno no lo crea?

Ninguno piense, por otra parte, que en la prueba ó ejercicio á que Dios sujeta á los ricos y á los pobres, resulten aquéllos favorecidos. Al decir de la eterna Verdad, están mejor los que tienen pocos bienes temporales, los que sufren y los que gimen.

Cierto que los ricos y los pobres son probados cada uno en su crisol; mas también lo es que la prueba de los primeros es mucho más árdua que la de los segundos. Es más difícil que cumpla con su deber el que disfruta de bienes en abundancia, que no que sea el pobre paciente. Las riquezas hinchán el corazón, gastan la vida, encienden las pasiones, ofrecen de continuo ocasiones para desfogarlas, siendo, por consiguiente, sobremanera difícil no acercar los labios al cáliz del placer que colocan siempre delante. La pobreza, por el contrario, abate el ánimo, ayuda á tener el corazón desprendido de los bienes de la tierra, aleja la ociosidad, é introduciendo la humildad en el corazón, dispone para todas las gracias y virtudes.

Jesucristo enseñó todas estas verdades con tanta claridad en su Evangelio, que asombra las puedan desconocer algunos que se llaman cristianos. Llamó por esto mil veces bienaventurados á los pobres; hizo anunciar á los Profetas que vendría á evangelizar á los pobres; prefirió entretenerse siempre sobre todo con los pobres; escogió para sí la pobreza, y aconsejó el propio estado á los que aspirasen á la perfección; sostuvo que á los pobres toca el reino celestial; hizo saber que juzgaría á las naciones acompañado de los pobres; y, en una palabra, quiso ofrecer singularmente á los pobres sus gracias más especiales. Una conducta muy diferente observó con los ricos. Amenazóles con penas terribles si no desprendían su corazón de los bienes que gozaban; les intimó que distribuyesen lo sobrante

á los pobres; aseguró que llorarían un día los que gozan ahora; llegó, en fin, á decir es muy difícil que entren en el reino celestial, y que para ello se requiere la omnipotencia de Dios. Siendo todo esto así, ¿osarán aún algunos católicos mentecatos, que hacen profesion de creer en Jesucristo, lamentarse de que los ricos tengan sobre ellos tantas ventajas? Si algunos hay con motivos para condolerse son precisamente los ricos, porque si logran ventajas en esta vida, quedan perjudicados en la futura; si tienen abundancia de bienes caducos, es imposible decir lo propio de los duraderos y eternos. Y si ni aún éstos pueden lamentarse, es sólo porque nadie les impide sacudir la carga de los bienes que tanto pesa, y continuar más desembarazadamente, á imitacion de muchos Santos, por el camino que conduce al cielo.

II. Otra objecion contra la Providencia divina se reduce, segun algunos, á ver á veces en la prosperidad á los impíos, mientras que los buenos yacen oprimidos y esclavizados.—Ni éstos tienen razon para escandalizarse tanto. Aun prescindiendo de las mencionadas razones, que resuelven tambien esta dificultad, pregunto primeramente: ¿es verdad que sólo los buenos sufren angustias, y que los malos se ven libres de ellas? Sin género de duda, los unos y los otros sufren indistintamente aquellas desgracias que son comunes á los hombres, v. gr., las enfermedades, las pestes, las carestías, las guerras y el hambre. Aun aquellas desgracias individuales alcanzan más á los malvados que á los buenos. Alguna vez los hombres de bien pierden sus intereses sin culpa propia; mas esto acontece sobre todo, y lo vemos todos los dias, á los injustos, á los rapaces, á los estafadores, á los bebedores, á los jugadores, á los que andan mucho con mujeres, los cuales consumen sus bienes con sus vicios. Los buenos prosperan por su misma bondad, ó por lo ménos conservan su patrimonio.

Las enfermedades y las muertes prematuras, ¿no sorprenden, sobre todo, á los viciosos? Quien conoce un poco el mundo en que vivimos, sabe que

en los presentes tiempos la mayor parte de los jóvenes bajan al sepulcro ántes de tiempo por sus extravíos y abominaciones. ¿No es esto un castigo muy grave, propio exclusivamente de los malos? Los destierros, las cárceles, las confiscaciones de bienes, y otras cien penas prescritas por las leyes humanas, ¿sobre quiénes caen de ordinario?

¿Qué diremos, además, de los castigos que Dios infiere á los impíos? El Señor no castiga en la vida presente todas las maldades humanas; pero, ¡cuántas veces, aún aquí, empieza á demostrar su terrible justicia! Ya en sus tiempos, pudo Lactancio escribir un libro entero de las muertes horribles de los perseguidores del Cristianismo. La historia eclesiástica registra los casos por millares. Como recuerdan nuestros antepasados, todos aquellos felones que trastornaron á la Francia en la que llaman gran Revolucion, dejaron la cabeza sobre el patíbulo, ó debajo de la guillotina; nosotros, para memoria nuestra, dejando aparte innumerables hechos particulares, calificados por el mundo de casualidades, hemos visto cómo se agravó la mano de Dios sobre Napoleon I y sobre Napoleon III, los cuales, despues de combatir á la Iglesia santa, encontraron un fin más miserable que cualquier muerte violenta. Hé aquí por qué, aún concediendo que Dios, por justísimos fines, deje alguna vez que los buenos sean víctima de la malicia, de la violencia y de la impiedad de los malos, es falsísimo que los impíos prosperen universalmente más que los buenos.

¿Acaso son buenos todos los que se reputan verdaderamente tales? ¿No hay en la tierra muchos sepulcros blanqueados, los cuales aparecen muy limpios en su exterior, é interiormente, á los ojos de Dios, no son más que una masa de podredumbre y de gusanos asquerosos? Quiero decir que tienen vicios, crímenes y abominaciones secretas, que arman la diestra de Aquél que penetra en los corazones. ¡Oh! ¡Cuántas veces cree el mundo que es justo el que sufre, y es, sin embargo, un gran pecador! Y caemos quizá en la tentacion de murmu-

rar de la justicia de Dios que lo castiga, sin advertir que debiéramos, por el contrario, glorificar á la divina misericordia que lo llama por aquel camino á penitencia.

Concedamos que sea justo el que sufre actualmente. ¿Lo ha sido siempre? ¿No cometió quizás muchos pecados en los años anteriores? ¿No llegó á romper lanzas contra Dios en su juventud, dando, v. gr., graves escándalos, cometiendo injusticias, profanando iglesias, y contaminándose con prevaricaciones abominables? Si así fuese, aunque hoy esté arrepentido y se haya enmendado, ¿no sería una gran misericordia, en vez de una injusticia, hacerle ahora expiar sus culpas, para no tener que castigarlas en la vida futura? Ahora esta misma expiacion le sirve de mérito, porque acepta y se conforma con la voluntad divina; entónces sería una mera satisfaccion, sin ningun aumento de mérito ni de premio.

Estas breves observaciones son bastantes para persuadir á quien sea razonable; pero nuestra fé nos descubre á este propósito otro gran misterio, digno de consideracion.

Sabemos que ninguno puede llegar á la bienaventuranza sin hacerse semejante á Jesucristo: *Quos præsçivit, hos et prædestinavit conformes fieri imaginis Filii sui*. El mundo lo entiende poco; pero la verdad es que ninguno arribará nunca al cielo sin esta conformidad con Jesucristo. Ahora bien: Jesus fué pobre, fué humillado, fué perseguido; Jesus trabajó toda su vida, padeció hambre, frio, angustias hasta la muerte, y muerte de Cruz: los que han de salvarse deben copiar en sí esta divina figura; mas á los que ama singularmente, los conduce por esta senda para que se asemejen á El pronta y perfectamente. Con la tribulacion háceles además expiar sus culpas pasadas, y mucho más los purifica; los tiene más subordinados á sí, y los preserva de muchas caidas. Una planta que se debe colocar en el jardin de un señor, se poda, se corta y se recorta, y se pule, para que á su tiempo parezca hermosa; así como, por el contrario, un árbol

que debe servir para el fuego, se descuida y se abandona. Así precisamente lo enseña Jesucristo, haciéndonos saber que su Padre celestial limpiará el árbol bueno para que produzca más fruto. Con los impíos sucede todo lo contrario. No son plantas estimadas, ni se destinan á ningun jardin, por lo cual se descuidan.

Cuando la cólera de Dios llega á su colmo; cuando no quiere castigar como padre, sino como juez, ¿qué hace? Suelta, por decirlo así, las riendas al pecador, le deja obrar, permite que se pervierta, y no lo corrige más. ¿Habeis observado lo que hace un padre con su hijo rebelde, que peor es á medida que más le amonesta, reprende y amenaza? Cesa, por fin, de hablar; pero le deshereda en el testamento, desconociéndolo por hijo. Así hace Dios cuando su cólera llega á su colmo: no habla más con castigos, y abandona al pecador; pero cuando llega el instante, le quita la herencia del cielo.

Con lo cual logra Dios dos fines sapientísimos. Con aquella prosperidad temporal, recompensa al pecador por el poco bien que ha mezclado con el mucho mal que ha cometido, supuesto es imposible que uno haga solamente males. Glorifica despues su justicia, castigando con penas eternas al que las ha merecido por sus culpas.

Hé aquí por qué, si bien se considerase, al ver prosperar á un impío deberíamos horrorizarnos, en vez de tenerle envidia. Un hombre prepotente á quien salen bien todas sus tramas; una mujer que logra con sus insidias el fin que se propone; un disoluto que se revuelca impunemente por el cieno de sus deshonestidades; un juez que se enriquece vendiendo la justicia; un sectario que adelanta siempre más con sus maquinaciones; un ministro de Estado que se sostiene á fuerza de iniquidades; un Monarca que aumenta su territorio con usurpaciones y rapiñas; un pecador cualquiera, en fin, que medra con sus maldades, debieran parecerse infelices con el hálito del infierno en la cara, y condenados que viven en medio de nosotros.

¿Prosperan? Luego Dios les guarda para la eterna

venganza. ¿Prosperan? Luego Dios les ha privado del medio más poderoso para su conversión. ¿Prosperan? Luego persisten en caminar por la senda lúbrica del vicio. ¿Prosperan? Luego no pararán hasta llegar al fondo del infierno. Envídielos quien quiera, escandalicense los que puedan, y lleguen á calificar de *injusticia*, si á tanto se atreven, un proceder semejante. A los ojos de los que no hayan perdido enteramente la fé, la indicada prosperidad será siempre la obra más tremenda de la justicia con que trata Dios al pecador. Por mi parte, pido para el lector del presente libro una gracia bien diversa: que Dios le aleje misericordiosamente de toda culpa; pero que si por desgracia cae, á lo ménos no le deje prosperar en ella, sino que, visitándole con rigor en el tiempo, le trate misericordiosamente por toda la eternidad.

CAPÍTULO II.

Justicia divina.

I. ¿Qué culpa han cometido tantos niños muertos sin bautismo para ser condenados al infierno?—II. ¿Cuál tantos gentiles á quienes no se ha predicado la fé?—III. ¿Cuál tantos nacidos en la heresia?

Después de atacarse á la Providencia divina por el modo de administrar las cosas de la tierra, impúnase también por los impíos frecuentemente la divina justicia, diciendo que castiga Dios á personas que no lo merecen. Esta dificultad se presenta sobre todo relativamente á la salvación eterna de los idólatras, de los cismáticos, de los protestantes, y de cuantos están separados de la Iglesia católica. Y no solamente la presentan los impíos, los cuales blasfeman contra lo que no conocen, sino también á veces algunos hombres buenos, que quisieran algunas aclaraciones para su tranquilidad y consuelo.

¿Qué culpa tienen, preguntase primero, tantos gentiles para ser condenados al infierno, si ninguno les ha predicado hasta hoy el Evangelio, ó si sus padres, á quienes se predicó, lo desecharon? ¿Qué culpa puede hallarse, sobre todo, en los niños que mueren sin bautismo, para que deban ser condenados?

I. Comenzando por esta última dificultad, todo nace del modo con que se comprenden las doctrinas de la Iglesia santa con respecto á los *niños muertos sin bautismo*.

¿En que consiste, pues, su condenación? ¿Son arrojados, por ventura, en medio del fuego y de los tormentos? Balmes observa que la Iglesia santa jamás nos hizo admitir una doctrina tan repugnante. Ella nos enseña que no serán admitidos á la beatitud, que consiste en la vision del Señor; pero